

Seamos fieles como este Apostol, si por desgracia hubieremos sido infieles como él. Demos asimismo pruebas de nuestra fé en las palabras y en las obras. ¡Ah! quiera el Cielo que esta nuestra fé sea esclarecida como la de Santo Tomás. Que reconozca à Jesu-Christo en la persona de los miserables. Que socorra al mismo Señor en sus pobres. Que le adore baxo de las especies de pan y vino, donde se digna aun bolver à encarnar y a sacrificarse por nuestra salvacion. Que sea ardiente y zelosa. Que venza todas las dificultades que se hallan en el exercicio de la virtud. Que se ensaye en sujetar todas nuestras pasiones, para certificararnos de nuestro amor al Hijo de Dios. Que haga un Martyr de cada uno de nosotros. Que nos inspire un generoso desprecio de la vida, y un esforzado deseo de la muerte; para que haciendonos de este modo caminar sobre las huellas de este glorioso Apostol, nos haga fieles en este mundo, para hacernos bienaventurados en el otro. Asi sea.

S E R M O N
DEL PROTO-MARTYR
SAN ESTEVAN.

Positis autem genibus clamavit voce magna dicens, Domine ne statuas illis hoc peccatum. Actuum Apostolorum capite septimo v. 59.

NO sin gran justicia es la Iglesia en la Escritura intitulada Paloma. Porque como esta ave no tiene otro cántico que el gemido, la Iglesia no tiene tampoco otro lenguaje que el de los suspiros y las lágrimas. Ayer trataba esta Madre de los fieles de regocijarse con el nacimiento de su Esposo; y la musica de los Angeles que acompañaba este mysterio, parecia dar alguna tregua à sus lamentos. Mas hoy es ya obligada á comenzar como de nuevo sus suspiros, y á llorar la muerte del principal de sus Martyres. Verdad es, que halla en su dolor algun consuelo; porque además de que la muerte de San Estevan en la tierra, es lo mismo que su nacimiento en el Cielo; tiene tal conformidad con Jesu-Christo espirando y perdonando á sus enemigos; que se puede intitular su muerte mas un triunfo que un sacrificio. Mez-

clemos, pues, à imitacion de la Iglesia la tristeza con la alegría en este discurso. Y para hacerlo con provecho, imploremos la asistencia de aquel Soberano Espiritu, que sabe unir en el corazon de los penitentes el dolor con el placer. Mas para conseguir de él esta gracia, imploremos tambien el favor de la que, desde que el nacimiento de su Hijo la dió alegría, se vió embargada de dolor por la perdicion de su muerte. Y digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Jamás pude yo admirarme de que los Padres de la Iglesia hayan abandonado la Filosofia de Aristoteles, por abrazar la de Platón; respecto de tener ésta tanta conexion con las máximas evangélicas; porque además de que este grande hombre, elevandose por cima de sus sentidos, percibió los estragos que el pecado havia hecho en nuestra naturaleza; conoció la necesidad que ésta tenia del favor del Cielo para purificarse; y juzgó que, sin embargo de ser tan crecida su miseria, no podia tener otro fin menos noble que el mismo Dios; habló con tanta nobleza del amor, que parece que en su pintura quiso dibujar la caridad. El le dá la bondad del mismo Dios por origen, haciendo-la nacer de su Magestad, y obligandola bolver à él, y él juntamente nos enseña que el empleo principal de esta virtud es el de transformar à los hombres, mudando su condicion è imprimiendoles las qualidades de las cosas que ellos aman. Y efectivamente el amor fue el que obligó al Verbo à hacerse hombre, y à tomar nuestras flaquezas para

curarle. Y también es el amor el que promete al hombre hacerle Dios, y sacarle de su condicion miserable y criminal por la comunicacion de las divinas perfecciones. Pues ahora, como todas las virtudes son copias del amor; imitan constantemente su modelo, y procuran transformar à los hombres, elevandolos por cima de sí mismos. La prudencia forma Profetas, que atravesando las tinieblas de lo futuro, prevenen las desgracias que han de suceder en los estados. El poder hace Reyes que gobiernen sus vasallos durante la paz, y los defiendan interin la guerra. La justicia forma Jueces que persigan los malhechores, y no se dexen acobardar por las amenazas, ni corromper por las promesas. Pero si alguna vez las virtudes han hecho mutaciones prodigiosas; es particularmente en San Estevan; de quien la castidad hizo un Angel, la fortaleza un Martyr, y el amor un Dios. Tres transformaciones que serán todo el objeto de vuestra atencion, y el asunto de mi discurso. Oíd con sosiego.

PUNTO PRIMERO.

Bien que el cuerpo sea la menor parte del hombre, no por eso dexa de servirle con utilidad en el exercicio de la virtud. Y como dice Tertuliano, el cuerpo subministrá las víctimas, para satisfacer à la justicia de Dios; La abstinencia es una de estas hostias; porque la hambre es el suplicio de la carne, y el ayuno su sacrificio. Las vigiliassacrifican el cuerpo afligiendolo; y quando el hombre emplea en la oracion el tiempo que está

destinado para el sueño, se puede gloriarse de que sacrifica à Dios las dos partes que le componen. Mas entre todas las víctimas que sacamos de nuestro cuerpo no hay otra mas bella, mas difícil, ni mas santa que la castidad. Es bella, porque iguala los hombres con los Angeles, y les dá una excelencia que la naturaleza les ha negado. Y así, las personas vírgenes son los Angeles de la tierra; pues poseen lo que otros esperan, gozando en este mundo la dicha que parece estar reservada para el Cielo: *Quod futuri sumus jam vos esse cepistis. Vos resurrectionis gloriam in isto sæculo jam tenetis, per sæculum sine sæculi contagione transitis.* (a) Quando la Escritura Santa nos quiso representar la felicidad de los hombres, se contentó con decir serian semejantes à los Angeles; y que desasidos de los lazos del matrimonio, vivirían tan puramente como estos bienaventurados Espiritus: *Erunt sicut Angeli Dei, nèque nubent, neque nubentur.* Las personas vírgenes, pues, están ya, al parecer, en posesion de esta gloriosa ventaja, y son de la familia de los Angeles; porque habiéndola renunciado las delicias de la carne, è imitado el oficio de estos puros Espiritus, no tienen otra ocupacion que la de agradar à Dios y servirle: *Sic æternum sibi bonum Domini occupaverunt, ac jam in terris non nubendo, de familia deputantur Angelica.* (b) Pero digamos sin temor de ofender à los Angeles, que las Vírgenes tienen sobre ellos alguna

(a) Cyprian. de habit. virginum in fine.

(b) Tertul. ad mores lib. 1.

ventaja; porque la pureza de los Angeles es un efecto de su naturaleza; la de las Virgenes un efecto de la gracia. Los Angeles son puros porque están separados de la carne; mas las Virgenes son tambien puras, estando sumergidas en la carne y en la sangre. Los Angeles en fin conservan la pureza sin trabajo y sin merito; mas las Virgenes sostienen combates que duran otro tanto como su vida, para conservar este glorioso privilegio: y es necesario que siempre estén alerta para triunfar de un enemigo que trahen consigo siempre. Por este motivo hallo yo que nuestro cuerpo nos abate por baxo de los Angeles, y nos eleva por cima de ellos. Nos abate por baxo de los Angeles, porque nos inclina fuertemente à la tierra; nos hace semejantes à los brutos, y nos expone à la persecucion de los elementos. Pero este mismo cuerpo nos eleva por cima de ellos, porque nos subministra ocasiones de merecer; nos procura batallas y victorias; y por medio de la pureza nos consigue unas coronas, que estos dichosos Espiritus no pueden esperar. Y esto es, sin duda, lo que obligó à decir à San Pedro Chrysologo que havia mas dificultad, pero tambien mas merito, en ser Virgen, que en ser Angel; porque éste debia su pureza à su dicha, pero aquella à su trabajo: *Angelum esse felicitatis; virginem esse virtutis; hoc habet virgo ex viribus quod habet, Angelus ex natura.* (a) Mas sin disputar de la preferencia entre unos y otros, bastenos decir con la Escritura y con los Padres,

Tom. I. V. que l

(a) Chrysolog. Sermon. 143.

que las Virgenes son los Angeles de la Iglesia militante, como los Angeles son las Virgenes de la Triunfante; y que siempre hay una estrechissima alianza y un comercio familiar entre Angeles y Virgenes. Y asi:

Verifiquemos todo esto en la persona de San Estevan, manifestando que era Virgen y que era Angel; y que la pureza de su alma transfundiendo en su cuerpo, le havia elevado sobre la condicion de los hombres. La juventud de este Santo, el fervor de los primeros Christianos, el empleo que le havian dado los Apostoles, y la creencia de todos los Padres de la Iglesia me persuaden que era Virgen, y que para prepararse con mas perfeccion al Sacerdocio, havia consagrado à Dios su cuerpo por un voto público y solemne. El exemplo de la Madre de Jesu-Christo havia hecho nacer este deseo en el corazon de la mayor parte de los fieles; y para hallarse mas dispuestos al martyrio, no se empeñaban con facilidad en los lazos del matrimonio. Sabian ya para entonces lo que San Pablo enseñó despues à todos los Christianos; conviene à saber: que una persona desposada se halla en la precision de dividir sus afectos, y complacerse en aquella con quien está ligada por el vinculo sacramental. Pero que la virgen ò no desposada, solo piensa en agradar à Dios, dandose toda entera à su Magestad, y consagrandole su alma y su cuerpo por la pureza. San Estevan, pues, era de este numero. Imitaba al Evangelista San Juan, en una edad en que tienen su mayor violencia las pasiones; afligia su cuerpo para sujetarle al espiritu, y menospreciando

los

los placéres que promete la carne, hacia abierta profesion de conservar su virginidad.

Mas quando todas estas razones no me persuadieran esta verdad, me basta saber que era Estevan un Angel, para persuadirme que era Virgen. Sí: La sagrada Escritura refiere, que su pureza resplandecia en su semblante; que en él difundia tales rayos, que ofuscaban los ojos de sus enemigos; que le imprimia asimismo una magestad que atemorizaba à los pecadores, y consolaba à los justos: *Viderunt faciem ejus tanquam faciem Angeli.* (a) Y para que no se le dispute esta qualidad, añade la misma Escritura, que gozaba juntamente de los demás privilegios de los Angeles: porque los Cielos se le havian abierto, y veia desde la tierra la gloria de los bienaventurados, y uniendo la calidad de Martyr con la de Angel, gozaba de la felicidad en medio de los tormentos. La Teología nos enseña, que los Angeles en todo encuentran su dicha, que llevan siempre consigo el paraíso, y que sea el que fuere el empleo con que los honre el mandamiento de su Soberano, no por eso su felicidad se interrumpe ò mengua. Y asi, los que mueven estos globos de cristal que boltan sobre nuestras cabezas, los que llevan por el mundo las ordenes del Señor, los que despiden los rayos contra la tierra, los que gobiernan los Reynos, y los que acompañan y conducen à los hombres, nada pierden de su reposo ò de su felicidad

(a) Actum Ap. cap. 6. v. 15.

en todas estas ocupaciones diferentes. Y à este mismo modo, qualquier cosa que execute nuestro Angel mortal, no dexa de ver à Dios, y contemplar su magestad: *Ecce video caelos apertos & Jesum stantem à dextris virtutis Dei*: (a) Dice Estevan à sus mismos enemigos.

Parece, sin duda, y una viva imagen de Jesu-Christo; pues une, à imitacion de su Magestad, el dolor y el gozo en su persona: Si: Viviendo el Hijo de Dios sobre la tierra, era un prodigio admirable, que hermanaba admirablemente las cosas que hay en la naturaleza mas contrarias. Era Hijo y esclavo del Padre à un mismo tiempo; y la igualdad que con él tenía, no le dispensaba la obediencia, porque la naturaleza humana que estaba unida con la divina en su persona le constituía inferior al Padre, con quien por razón de la divina era igual en todas sus perfecciones: Era inocente y penitente: inocente, pues havia nacido de una Virgen por virtud del Espiritu Santo; penitente, porque voluntariamente se havia hecho cargo de las deudas y pecados de los hombres. Pero lo que parece exceder toda creencia es, que era dichoso y bienaventurado como los Angeles, y al mismo tiempo miserable como los hombres. Sufria todas las miserias de estos, mezclaba sus lagrimas con las de los pecadores, y à excepcion de la ignorancia y del pecado, no havia flaqueza humana que no experimentase. Juntamente gozaba de la felicidad de aquellos, viendo la esen-

(a) Actum Ap. c. 7. v. 55. (c)

esencia Divina en sí misma, y gozando de todas las delicias que componen la bienaventuranza de los Angeles, al mismo tiempo que su alma se hallaba sumergida en una tristeza y agonía mortal. Y ved aquí la gloria que dividió ò que participó nuestro Santo con el Hijo de Dios. Poseía, digo, la gloria de los Angeles, al mismo tiempo que sufría las penas de los hombres. Veía los Cielos abiertos, y padecía en la tierra los mayores trabajos; y mientras que un diluvio de piedras caía sobre su inocente cabeza, Jesu-Christo para consolarle le mostraba las recompensas que le estaban preparadas. De suerte, que los dolores que sufría con los hombres, no impedían que gozase de la felicidad con los Angeles: *Sancus Stephanus jam angelicum fastigium induerat*. (a) Luego confesemos que havia mudado del condiciõn, así como havia mudado de semblante; pues à juicio de sus mismos enemigos, tenía la pureza de una Virgen con la hermosura de un Angel: *Viderunt faciem ejus, tanquam faciem Angeli*. (b) Pero tened presente, Señores, que así como la castidad hace Angelas, así la impureza hace demonios; pues comunicando à los hombres las perversas calidades de estos infelices espíritus, borra la hermosura de su alma, aunque perdone à la del cuerpo; y arruinando todas las virtudes con atrinir la pudicicia, hace un monstruo espantoso de la mas hermosa criatura del mundo. Y así, Damas y Señores, si la fealdad es vuestro mayor

(a) Tert. lib. de resurrección carnis. (b) Actum Ap. cap. 8. v. 49.

enemigo, si temeis lo que hace oposicion à vuestra belleza, lo que destruye vuestras azucenas y rosas, y lo que altera el esplendor de vuestro semblante, ¿por qué no temeis la impureza, que deshonra vuestra alma, que arranca de ella las virtudes, que destruye la gracia que la conserva, y que os adquiere el menosprecio de los hombres, y el aborrecimiento de los Angeles? Pero volvamos à tomar el hilo de nuestro discurso; y despues de haver considerado la admirable mutacion que hizo en San Estevan la pureza, veamos la que en él hizo tambien la muerte, procurándole el atributo de Martyr. Renovad la atencion.

PUNTO SEGUNDO.

No sabria la muerte, y à la verdad, es desagradable, siendo como es, hija del peccado. Ella demuestra en su semblante todas las fealdades de su Padre; y si por una parte es su castigo, es por otra, con toda verdad, su imagen ó su retrato. Todos los sabios la temen, y solamente los hombres desesperados la buscan. Y como es la que separa el cuerpo y el alma que componen al hombre, cada uno la mira como à la enemiga de su sér. En efecto, es una cosa espantosa, ver que la muerte rompe estas cadenas invisibles que ligan al alma con el cuerpo, que destruye la obra principal de las manos de Dios, que borra todas sus hermosuras, y que reduce todo su orgullo y vanidad en polvo y en ceniza. Por eso suele decirse, que nuestro primer Padre y parricida, no llegó à conocer toda la grandeza de su peccado, hasta que vió su ima-

imagen en la muerte. El havia experimentado, despues de su ofensa, castigos bien rigurosos, porque Dios le havia intimado su sentencia; los Angeles le havian arrojado del Paraíso terrenal; la rebelion en su persona, y sedicion en su estado; le havian tambien hecho conocer, que no era ya soberano desde que no era inocente. Y sin embargo de todas estas terribles penas, no havia abierto sus ojos; porque viendo todavia en su miseria algunos vestigios de su grandeza primitiva, no podia persuadirse de que fuese su culpa tan horrenda, respecto de que gozaba de la vida. Mas quando vió al inocente Abel asesinado por su hermano, mudó al momento de creencia. Quando vió, digo, aquellos labios morados, quebrados aquellos ojos, hundidos aquellos parpados, amarillo aquel semblante; quando vió, vuelvo à decir, tanto conjunto de fealdades, como consigo trae la muerte, sobre el mas hermoso de los semblantes del mundo, entonces juzgó y conoció la grandeza de su delito, por el rigor de su castigo; entonces se persuadió de que era grande su culpa, pues le havia constituido acreedor à la muerte.

Mas por lo mismo que la muerte es tan cruel, estamos precisados à confesar, que los Santos la deben la mayor parte de su merito y de su gloria. La razon es, porque la muerte les subministra la materia à su caridad; el exercicio à su paciencia, y la prueba à su valor. Si los hombres no murieran, no havia en la Iglesia Martyres; y por consiguiente estos atletas generosos no huvieran podido dar à Dios tantas pruebas de su constancia, ni tan-

tantas señales de su amor. Y así, es verdad, que la justicia de la causa hace los Martyres; pero la muerte, sin duda, contribuye necesariamente à completar su martyrio. Por cuyo motivo, aunque se les daba en la primitiva Iglesia el ilustre título de Confesores à los que sufrían por Dios algun tormento, con todo eso, el nombre augusto de Martyres solamente lo adquirían los que daban su vida en los suplicios: *Confessio exordium est gloriæ*, dice San Cipriano, *non meritum coronæ, nec perficit laudem, sed inítiat dignitatem.* (a) No solamente, pues, era preciso padecer, sino que era necesario morir para alcanzar corona tan gloriosa. Y la Iglesia no reconocía por Martyres, sino à los que habían rubricado ò sellado con su muerte la confesion de su fé. Y por esta misma razon, se adquirió San Estevan la excelencia de primer Martyr, elevandose por cima de los hombres, así como por la qualidad de Virgen se había ensalzado por cima de los Angeles. Pero notemos las excelencias de su martyrio, y veamos el honor que Estevan dió à Jesu-Christo, y el exemplo que muriendo, dió à todos los Santos de la Iglesia.

Aunque todas las muertes son terribles, pues todas ellas son verdadero suplicio, con todo eso, son entre sí muy desiguales: unas son largas, otras cortas: unas afrentosas, otras honoríficas: unas crueles, otras dulces. Cada una, en fin, tiene su particular carácter; y segun sus diferencias, piden

(a) Cyprian. de simpl. Prælat.

den en los que las sufren mas ò menos de paciencia y de valor. Para morir de una estocada, por exemplo, no es necesaria una gran preparacion. Y como por otra parte no acompaña à este genero de muerte, ni afrenta, ni crueldad, basta una mediava virtud para sufrirla. Delinquentes hay que van à la horca sin mudar en su semblante de color. Y esto puede consistir en que como saben que la cuerda que les quitará la respiracion, les privará tambien de sentimiento; imaginan con razon, que este suplicio mas tiene de afrenta que de pena. Pero hay otros, sin duda, cuyo rigor estremece, cuya novedad sobrecoge, y cuyo aparato espanta: entre ellos no veo yo otro mas extraño, ni mas cruel que el de nuestro Santo Martyr; porque fue apedreado por las manos de sus mismos enemigos. El vió caer un diluvio de piedras sobre su inocente cabeza: vió à todo un pueblo armado contra su persona: à un mismo tiempo se halló acometido por todos lados; y recibiendo golpes y heridas en todas las partes de su cuerpo, vió correr la sangre por todas las venas de él. Imaginad, pues, cuál debía ser el valor de San Estevan para resistir tantos tormentos, para sostener tantos esfuerzos, y para tolerar tantas injurias. Cada uno se apresuraba para herirle. Entre dos mismos verdugos había una especie de emulacion sobre quien llegaría primero à dar el golpe; haciendo un exercicio de honor y de destreza, de una acción cruel y barbara. El primero que hizo derramar la sangre de este ilustre Martyr recibió en recompensa publicas aclamaciones; y los demás se movieron por su exemplo

plo à la misma crueldad. Sin embargo, nuestro invencible Martyr permanece en pie en medio de tantos enemigos. Les reprehende asimismo su ceguedad; trata de convertir à los que le apedrean; y viendo su rabiosa obstinacion levanta su voz; hincase de rodillas, y uniendo el zelo con la humildad, pide à Dios con una voz moribunda el perdon de sus ofensas. Pero antes de tratar de una peticion tan generosa, y tan christiana, veamos el reconocimiento que hace à su Maestro Jesu-Christo, y el exemplo que en esto dió à toda la Iglesia.

Entre las muchas diferencias que hay entre el viejo Adan y el nuevo, una de las principales es, que el primero abusó de la vida para perdersenos, y el segundo usó bien de la muerte para salvarnos: *Primus Adam*, dice San Agustin, *malè usus est vita ut nos perderet; secundus benè usus est morte ut nos redimeret.* Y à la verdad, por mas obligaciones que tengamos à los milagros, à los trabajos, y à la predicacion de Jesu-Christo; con todo eso, nuestra redencion la debemos à su muerte. Y no podemos dudar de su extremado amor hácia nosotros, despues que por redimirnos quiso perder el honor y la vida. Pues ahora, San Estevan nos enseña à satisfacer esta deuda; à bolver à Jesu-Christo lo que nos ha prestado; à servirnos con utilidad de la muerte, y à sufrirla por la gloria de aquel que la toleró por nuestra salvacion: *Retribuere voluit primus ipse Domino, quod cum omni humano genere accepit à Domino.* (a)

(a) Aug. de serm. de S. Steph. cap. 10. §. 1. et 2.

Estevan, pues, fue el primero que nos enseñó à convertir la muerte en sacrificio; à trocar nuestro suplicio en testimonio de amor; y à satisfacer una obligacion que parecia havernos hecho ingratos, haciendonos incapaces de debolver lo recibido.

Al mismo tiempo anima este Santo Martyr à todos los christianos con su exemplo; porque se propone por modelo de todos aquellos que querran sufrir por la verdad: *Formam præbuit fidelibus moriendi.* (a) Recibe tambien parte en todas sus coronas; porque les inspira el valor para merecer, combatiendo y triunfando en la persona de todos los Martyres, y siendo él el mas illustre y grande de todos ellos por haver sido el primero: *Si quid distare potest inter Martyres, præcipuus videtur esse qui primus est.* (b) Imitemos, pues, un valor tan estupendo; aprovechemonos de un exemplo tan singular; y si no fuésemos dignos de perder la vida en los tormentos, suframos, à lo menos, con santa conformidad las aflicciones que nos acometen en el curso de nuestra vida. Aceptemos asimismo la muerte por obediencia y por amor; satisfagamos à la justicia que hemos ofendido, y alegrémonos de que ella se vengue à expensas nuestras. Si nosotros, en fin, no merecemos morir Martyres, tratemos à lo menos de morir penitentes, y si no podemos imitar à San Estevan en su muerte, imitemosle en el generoso olvido de sus injurias, y en el fervoroso amor à

(a) Idem ibid. (b) Idem ibid.

sus enemigos; que es la tercera excelencia de San Estevan, y el tercer punto de este discurso. Y así mirad:

PUNTO TERCERO.

Como el honor es mas amable que la vida, son las afrentas mas sensibles que la muerte. Y así no hay cosa que con mas fuerza se imprima en el corazon, ni que de él se borre con tanta dificultad. Nosotros conservamos gustosamente su recuerdo, y son necesarios muchos esfuerzos y golpe de años para arrancarlas de nuestra memoria. Los beneficios se escriben sobre la arena ò sobre el agua; pero las injurias se gravan sobre el marmol ò sobre el bronce. Jamás la Filosofia pareció mas vana y debil, que quando pretendió obligar á sus Discipulos à perdonar à sus enemigos. Ella fué, à la verdad, fecunda en palabras, pero esteril en buenos efectos. Ella se acaloró, y con razon, contra la venganza: ella hizo ver à todo el mundo que este vicio estaba acompañado de injusticia y reindad: que jamás hallaba entrada en el corazon de los hombres grandes; y por consiguiente, que solo poseía à los que se dexaban cegar de la fortuna, ò corromper por las delicias. Mas con toda la pompa de su eloquencia, jamás ha podido obligar à los discipulos à desalarjar de su corazon el odio; y colocar en su lugar el amor. Solamente los Discipulos de Jesu-Christo, que aprovechandose de su doctrina y de su exemplo, han degollado los sentimientos de la venganza, son los que han amado y aman à sus ene-

enemigos. Y así no hay otro sino Dios que pueda hacer este mandamiento à los hombres; y por consiguiente, que pueda arrancar de sus corazones esta obstinada pasion.

Pero añadamos, que el hombre para obedecer este precepto, debe elevarse por cima de sí mismo; y que si la pureza le hace un Angel, y la muerte un Martyr, el olvido de las injurias hace de él un Dios. Por eso San Juan Chrysostomo notó, que interin que Jesu-Christo exponia su vida por los hombres en la Cruz: el ladron que le acompañaba en el suplicio sospechó que era un Rey, pues se sacrificaba por dar la vida à sus vasallos. Mas quando los verdugos entendieron que pedia por ellos al Padre Eterno, y que ahogaba los sentimientos de la venganza, empleando los ultimos alientos de su vida, para conseguir el perdon de sus parricidas, juzgaron que era Dios, y publicaron altamente esta verdad en el Calvario: *Vere filius Dei erat iste.* (a) Y así en esta ocasion fue quando su Magestad enseñó à sus Discipulos la mas alta virtud del Christianismo, quando les manifestó hasta qué altura podia llegar la perfeccion de la caridad; y quando con voz moribunda les explicó lo que un christiano debe hacer siempre que se halle perseguido de sus enemigos: *Domínus in Cruce positus*, dice San Ambrosio, *postulat pro inimicis ut plenitudinem justitiæ quam docuerat, demonstraret.* (b)

Peró nada me admira tanto como ver que

Je-

(a) Math. cap. 27. v. 54. (b) Ambros. in Psalm. 118.

Jesu-Christo interrompe su sacrificio para abogar por la causa de sus verdugos; y que suspende la salvacion del Universo por conseguir la de sus enemigos. Porque mirad: el sacrificio es el alma de la Religion; y como la víctima es en él destruida necesariamente, por eso no puede ser ofrecido sacrificio alguno sino à Dios, que es la fuente del sér. Y es cosa de tanta consideracion, que una vez comenzado un sacrificio, se ha de finalizar precisamente. Por cuyo motivo, si el Sacerdote muere, ò la víctima huye, se han de substituir otros en su lugar, sin permitirse jamás que Dios sea privado del honor que espera de una accion tan importante. Y esto no obstante, el Hijo de Dios nos enseña en su Evangelio, que debemos dexar nuestra víctima en el altar para reconciliarnos con nuestro proximo, si por desgracia tenemos alguna contienda con él, ò si le hemos ofendido: *Relinque munus tuum ad altare, & vade reconciliari fratri tuo* (a) Y como su Magestad no enseñó cosa alguna con palabras, que no la confirmase con su exemplo; hace en su muerte lo que havia predicado mientras su vida; è interrompe por algunos momentos su sacrificio, para acomodarse con sus enemigos; y conseguir de su Padre la abolicion de sus delitos. San Ambrosio queriendo manifestar, quán amada era la Virgen de Jesu-Christo, repara que suspendió su Magestad la salud del mundo, para recomendarla à su amado Discipulo; y que (si asi es licito decirlo) se olvidó

(a) Math. cap. 5. v. 24.

dó de que era el Esposo de la Iglesia, por acordarse de que era Hijo de Maria: *Salutem publicam differt ne matrem inonoratam relinquat.* (a) Me atreveré à decir tambien, que este Señor hace por sus enemigos lo que hace por su madre; esto es, que olvida que es el Salvador del mundo, por acordarse que es el Abogado de sus enemigos; empleando lo que le resta de fuerzas y de voz, para pedir su gracia al Padre Eterno. Allí fueron ellos tan poderosamente persuadidos por esta palabra, tan fuertemente penetrados de este exemplo, que reconociendo la grandeza de Jesu-Christo en medio de su suplicio, publicaron su divinidad, y protextaron altamente, que una oracion tan generosa no podia salir sino de la boca de un Dios: *Verè filius Dei erat iste.*

Pues ahora: visteis un perfecto modelo; ved una excelente copia. San Estevan, digo, instruido en la escuela de su divino Maestro, perdona à sus enemigos quando le están apedreando; pide su gracia con empeño quando le ultrajan; y se sirve de artificios inocentes para escusar su furor. Examinemos las circunstancias de accion tan maravillosa. Es fácil, à la verdad, el olvido de una ofensa, quando la dilacion del tiempo la borra de la memoria, y quando este gran Medico, que sana los males incurables, la ha quitado lo que tiene de mas sensible y enojoso; pero es muy difícil de olvidar una injuria quando es reciente; y perdonar à un enemigo quando acaba de ultrajarnos.

(a) Amb. de instr. Virginis cap. 7.

nos. Sin embargo, de este modo perdona San Estevan à los suyos. Quando su vida y su inocencia son injustamente acometidas; quando le llenan de injurias; quando la sangre corre por todas sus venas; y por consiguiente, quando el resentimiento debia ser mas pronto y vivo; entonces, al parecer, debia animarle mas fuertemente à la venganza. Pues mirad: entre tantos y tan justos motivos de queja, se pone de rodillas, levanta su voz, y juntando la caridad con la humildad para hacer su oracion mas agradable, pide la salvacion de sus verdugos, con mas ardor que la suya propia. Aboga por su causa, disculpa su pecado, y emplea todo lo que cabe de industria para alcanzar su perdon.

Mas reparad, si os agrada, que à exemplo de Jesu-Christo interrumpe su sacrificio, menosprecia su propia salud, se interesa en la de sus enemigos, y por unica recompensa de un combate en que pierde la vida, no pide otra gracia que la de sus verdugos. Mas: el martyrio es sin duda un sacrificio, en el qual el que le sufre es el Sacerdote y la víctima; y por consiguiente, si alguna cosa le debe ocupar en una accion tan importante y tan dificil, es la salud de su alma. Y aun parece que en este momento, de que depende su eterna suerte, no debe pedir à Dios sino paciencia para sufrir; animo para vencer, y fidelidad para perseverar. Pero San Estevan, por movimientos mas nobles, olvida todos sus personales intereses; y no pensando en otra cosa que en salvar à sus enemigos, no piensa ni en su salvacion, ni en su perdicion eterna. Y asi no es ne-

cesario, Señores, que le consideremos ya como Angel, ò como Martyr, sino como un Dios, y como una fiel copia de Jesu-Christo muriendo sobre la Cruz por los pecadores. Mucho era, sin duda, que sin embargo de la corrupcion de nuestra naturaleza, hubiese Estevan igualado à los Angeles en la pureza. Mucho tambien, que no obstante la flaqueza de nuestra carne, hubiese animado à todos los Martyres, y les hubiese enseñado con su exemplo à vencer los dolores, y à triunfar de la muerte. Pero es mucho mas sin comparacion, que en medio del justo resentimiento de innumerables injurias y golpes, ahogase Estevan los deseos de la venganza, y à imitacion del Hijo de Dios pida la gracia para sus enemigos: *Domine ne statuas illis hoc peccatum.* (a) Por lo que es preciso confesar, que esta accion es la que constituye toda la gloria de este Santo; que es mas digno de consideracion, olvidando sus injurias, que tolerando pacificamente sus dolores; y que ofrece à Dios alguna cosa mas dificilosa que la muerte, quando le ofrece la moderacion de su espiritu, y el amor à sus enemigos: *Pro lapidantibus orabat ut Christi discipulus*, dice San Gregorio Nacianceno: *majus aliquid morte Deo offerens, nempe animi moderationem & inimicorum dilectionem.* (b) Y asi, digamos para concluir este Panegyrico, que la virginidad ha hecho un Angel de San Estevan, que la muerte ha hecho de él el primer y el mas ilustre de todos los Mar-

Tom. I. Y ty-

(a) Actum Ap. c. 7. v. 59. (b) Greg. Nac. orat. 19.

tyres: pero que la caridad que tuvo à sus enemigos, le ha hecho un hombre Dios; y que nosotros podemos tambien llegar à este mismo grado de honor, si imitamos à este gran Santo, con la misma fidelidad que él ha imitado à Jesu-Christo. Porque mirad:

La experiencia nos demuestra, que los hombres hallan siempre pretextos para dispensarse de la práctica de la virtud. Ellos la menosprecian en los Filósofos, porque los ven llenos de error y de vanidad. La encuentran difícil en Jesu-Christo, porque aunque tomó nuestras debilidades, conservaba por otra parte el poder de su Padre; y por consiguiente, aunque tenia pasiones como nosotros, no eran rebeldes y feroces como las nuestras. Y en atención à estas excusas y disculpas que havian de alegar los hombres, se vió como obligado este divino Maestro à formar discípulos, à instruirlos en su escuela, à proponerlos por exemplos à todos los demás hombres, para que viendo hermanada en ellos la justicia con la flaqueza, no tuviesen dificultad en imitarlos. Y esta es la instruccion que nos dá por San Estevan, el qual fue cargado de un cuerpo como el nuestro, y tuvo pasiones semejantes en todo à las que nosotros tenemos; pero las domó con la ayuda de la gracia, ahogando en su corazon los sentimientos de la venganza en medio de las injurias mas atroces, y de los dolores mas violentos. Quando en otras ocasiones se os decia, que imitaseis à Jesu-Christo sobre la Cruz, y que perdonaseis como su Magestad à vuestros enemigos; os excusabais, diciendo: que Jesu-Christo era Dios, y que voso-

tros

tros erais hombres. Y culpando vuestra floxedad con vuestra flaqueza, os dispensabais de imitar este divino modelo, porque era muy elevado. ¿Pero qué direis, Señores, quando se os proponga à San Estevan? ¿No fue este un hombre como nosotros? ¿No experimentó las mismas enfermedades? ¿No tuvo enemigos, que exercitaron su paciencia con tormentos y ultrages? Pues sin embargo de todo esto, ha sujetado sus pasiones, ha reprimido los movimientos de la colera, ha perdonado generosamente à sus enemigos, y ha empleado los ultimos alientos de la vida para alcanzarles el perdon de Jesu-Christo: *Potuit hoc Christus, dicis, non ego; ille Deus, ego homo; Deus ergo ut quid homo, si non corrigitur homo? Si non potes imitari Dominum tuum, attende Stephanum conservum tuum.* (a) Aprovechaos, pues, de un exemplo tan grande, si no quereis que este Santo os condene algun dia; y sabed, que si vosotros no estais obligados à ser Angeles por la pureza, ni Martyres por el sufrimiento de los tormentos, estais obligados à ser Dioses sobre la tierra, por el amor à vuestros enemigos; para que lo podais ser por la gloria en el Cielo, à donde seamos conducidos por Jesu-Christo, que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.

Y 2. SER-

(a) Aug. Serm. 2. de concordia cum Donatistis.